

*... En la guerra
... el amor que...*



VIVENCIAS EN LA GUERRA DE MALVINAS



Relatos de Rafael Oscar Schvemer



VIVENCIAS EN LA GUERRA DE MALVINAS

Relatos de Rafael Oscar Schvemer

The bottom half of the page features several horizontal, wavy lines in a light blue color, creating a sense of movement or representing the sea. These lines are of varying lengths and curves, starting from the left edge and extending towards the right.


tú! Eres la fuente de gracia
porque el amor que yo, te doy

*El amor es la fuente
que el; amor que n*



Este libro fue solicitado formalmente por los integrantes de la Sala Evocativa de Malvinas “Daniel Sírtori” de Concepción del Uruguay.

Pueblo y Gobierno de Concepción del Uruguay, agradecen hoy y siempre, a sus veteranos a través de estas páginas, que relatan la historia de uno de los cientos de soldados que defendieron con honor a su Nación y su soberanía.



Autoridades

Martín Oliva: *Presidente Municipal*

Viviana Sansoni: *Presidenta del Honorable Concejo Deliberante*

Antonio Bernhardt: *Coordinador Gral. Comunicación Ciudadana y Protocolo*

Integrantes de la Sala Evocativa de Malvinas “Daniel Sírtori”: *Andrés Horacio Akrich; Díaz Aníbal; Lucero Ricardo; Monzón Ulises; Parada Eduardo; Torres Rosendo; Scévola Armando y a los veteranos fallecidos que también dejaron su aporte en cada rincón de la Sala.*

Editado por la Municipalidad de Concepción del Uruguay

Impreso en la Imprenta Municipal

Primera Edición: Agosto 2023

Concepción del Uruguay, Entre Ríos

all
go, the day



Índice

Prólogo	7
Compartirte mi historia.....	12
Aquí comenzó todo.....	15
<i>Algunos lindos recuerdos.....</i>	<i>17</i>
<i>La Guerra</i>	<i>18</i>
<i>Cambiando trinchera.....</i>	<i>23</i>
<i>La Post Guerra</i>	<i>34</i>



MUNICIPALIDAD DE
CONCEPCIÓN DEL URUGUAY



Prólogo

Mi relación con Malvinas no comienza desde mi escolaridad primaria, ni desde los estudios que vinieron luego; hasta hace algo más de diez años, el 2 de abril era para mí una fecha recordada por los medios de comunicación, en esa suerte de memoria concentrada que se ve y trata usualmente en esos días. Pocos datos, y por qué no decirlo, poco interés también, aun cuando mi profesión debería haberme interpelado de otra forma. Porque soy docente.

Conocí Malvinas por ellos, por parte de sus protagonistas. Fue en abril de 2011. Mi escuela, rural por ese momento, estuvo convocada a una charla para alumnos. La invitación rezaba “charla educativa y muestra a cargo de veteranos de Concepción del Uruguay” y fue cursada por el Área de Cultura del Municipio de Aldea San Antonio. Y hacia allí fuimos, mis alumnos y yo.

La charla, a cargo de Isidoro Rosendo Torres y Eduardo Parada fue una revelación, un quiebre, un antes y un después. Fue conmoverme en ese momento por las vivencias de sus protagonistas; fue enternecerme por la delicadeza en sus respuestas que buscaban aclarar preguntas infantiles crudas y profundas sobre la guerra; fue llorar y asombrarme con su relato tan humano; fue sentir vergüenza de mí misma por desconocer una historia que estuvo ahí, a la vuelta, y que yo maestra debí mínimamente haber profundizado más; pero fue también el inicio de un compromiso personal que se funde con el laboral: conocer más y hacer conocer Malvinas desde la sensibilidad, desde los valores, desde la palabra de sus protagonistas, los que estuvieron ahí, los que sintieron y vivieron eso que muchos otros cuentan a través de investigaciones o documentos.


Ese mismo día, finalizada la charla, un almuerzo nacido de la improvisación a partir de la necesidad de extender en lo personal la escucha de sus vivencias, me permitió conocer también a Ulises

Monzón y a Ricardo Lucero.

Pasó abril, pero no pasó Malvinas; pasó junio, pero no pasó Malvinas; pasaron los años, otros rostros de ¿ex? -combatientes de la Sala Evocativa “Francisco Daniel Sírtori” se sumaron a un trato personal.

Y Malvinas sigue ahí, en el corazón, en mi familia, en mi trabajo, en días cualquiera durante el año, en la memoria permanente, esa que despertaron ellos en esa ocasión y que a lo largo de todo este tiempo se ha ido multiplicando, ramificando, para hacer conocer más sobre la historia viva de nuestro país, esa que me ha permitido llegar, a través de sus palabras escritas, a la historia de Rafael Schvemer, integrante de esa “hermandad de la turba” (al decir de Armando) cuyo relato tengo el placer y el honor de prologar.

Evelyn Martínez
Docente



Agradezco a quienes hicieron posible este trabajo.

A mis compañeros integrantes de la Sala Evocativa de Malvinas que iniciaron este camino de compartir mi historia.

Al Sr. Presidente Municipal Martín Héctor Oliva por aceptar el pedido y auspiciar esta publicación.

Al equipo de la Coordinación Gral. De Comunicación Ciudadana y Protocolo que trabajaron en la edición e impresión del libro, significando un enorme orgullo para mí y todos los combatientes que participaron de la gesta, a quienes se lo dedico con todo mi corazón.

Rafael

*tes! Eres la fuente de que
porque el; avon que yo, te d*



Compartirte mi historia....

Hoy en Federal, Entre Ríos, mi ciudad.

Trataré de contar, de la mejor manera, mi vivencia durante la etapa de mi vida como colimba, que fue en los años 1981 y parte del 1982.

También siento la necesidad y el compromiso de relatar, de la mejor manera posible, la vivencia de un soldado clase 1962, oriundo de la ciudad de Chajarí, Entre Ríos, con quien he compartido 17 meses de colimba, con 72 días en una guerra, y varios días prisionero. ¡¡¡Me atrevo a decir que es el mejor amigo de muchos de los hombres con los que convivió la etapa de colimba... es un grande!!! Daniel Francisco Sírtori. Buen tipo.



Estoy trabajando de tractorista en una estancia; es fin de semana, camino unos 6 km para volver a casa, día lunes y martes pedí franco; quiero escuchar los números de sorteo para la conscripción, lo cual para mi es muy importante.

Día martes, 11 horas, se sortea mi número de documento, me tocó un sorteo alto; 10 días después por correo llegó el llamado a la conscripción para presentarme en Paraná, el 6 de febrero de 1981 en el Playón del Ejército Argentino, donde nos dan la bienvenida y nos dicen que nos llevan a Buenos Aires.

Ese día sentí un poco de preocupación para con mis padres; las comunicaciones eran muy difíciles, solo por carta o conferencias telefónicas, y con más tiempo, algún correo del campo que se hacía por medio radial (LT15 Radio del Litoral). Todo eso era imposible, no había tiempo.



En un par de horas nos llevaron hasta la ciudad de Santa Fe y nos embarcaron en un tren rumbo a Buenos Aires.

Yo viajaba con angustia, pero a la vez estaba viviendo cosas nuevas. Nunca había salido lejos de casa, del campo; pero bueno, en ese tiempo era un deber o una obligación el servicio militar.

Llegamos a Buenos Aires y nos llevaron a la ciudad de La Plata, a un centro de entrenamiento de Infantería de Marina, en un lugar que da un poco de miedo, le dicen: **“Infierno Verde”**.

Ahí nos dividen en grupos para distintas compañías, **“Rosales y Espora”**, a mí me tocó **Rosales**, grupo número 10. Nos entregan la bolsa de equipo; es de lona blanca con un candado y la ropa militar, también marmitas, jarras de aluminio y caramañola, y nos ubican en la compañía, cada uno en su cama taquilla; al día siguiente comenzamos con el orden cerrado e instrucción.



Hacía mucho calor, nos dieron mucha actividad física, fundamentalmente de resistencia. A las 11 horas, nos dan un sándwich y una tapita del bidón con agua, esa era la medida.

Luego de dos horas de teoría, nos enseñan como desarmar un fusil, limpiarlo, armarlo, como usarlo y también como combatir cuerpo a cuerpo. Algunas veces nos tiraban gases lacrimógenos, y una noche nos hicieron pasar por unos montes con obstáculos.

Además, teníamos horario para almorzar, también para lavar nuestra ropa; todas las mañanas afeitarse rápido, a la noche un buen baño en grupo, luego cenar y acostarse. Todo eso cansaba mucho, pero el fin de semana nos daban franco si tenías a donde ir, de lo contrario te quedabas en el Batallón.

Un viernes emprendí viaje a Federal, llegué al campo el sábado 13 horas, una visita muy corta pero muy agradable.

Ya a las 17 horas comencé el regreso, transporte siempre en tren; el horario de ingreso al Batallón era domingo 20 horas. Esa etapa duró dos meses.

Los invito a continuar con el desarrollo de mi historia, quizás, muy similar a la de otros compañeros.

Aquí comenzó todo....

Un día nos reúnen y nos comunican que iríamos a un destino definitivo. Me tocó Río Grande, Tierra del Fuego, al Batallón de Infantería de Marina N° 5 Escuela.

El viaje se hizo en avión, el vuelo duró 3 horas y media, al descender en el aeropuerto comprendí la diferencia del clima, mucho viento y muy helado, los dedos dolían del frío, anteriormente estando todavía en el *Centro de Incorporación y Formación de Conscriptos de Infantería de Marina (CIFIM)*, nos habían provisto de ropa de zona sur, no tenía conocimiento del clima, sufrí bastante, pero con el tiempo me fui adaptando.

Cuando llegamos al Batallón, nos hacen sentar en un playón y me elige un Cabo Principal de apellido Grosso para el control de una sala de armas.

Éramos 4, Armando Scévola, Daniel Sírtori, José Hutwert y yo: Rafael Schvemer.

Ese día nos ubican en la compañía Comando y pienso, “*que suerte tengo con la elección del Cabo de elegir estas personas*”, me sentí muy bien en ese momento.



Éramos buenos compañeros, nunca tuvimos problemas. En la cuadra para dormir nos ubican en camas taquillas, me toca en la parte de arriba y Sírtori al medio, Scévola y Hutwert al lado en otra. Un lugar que convivimos durante 12 meses.

En la cuadra éramos unos 200 soldados, al fondo también estaba otra compañía que se llama “Obra”.

De día siempre con tareas distintas, nos llevaban al campo de campaña muy seguido en donde teníamos que armar carpas que se llamaban “Dos en Uno”. Nos enseñaban cómo sobrevivir, se hacían prácticas de tiro al blanco con fusiles, cañones y morteros, siempre con proyectiles de guerra que también en las guardias se usaban, y no era de fogueo.

Yo tenía casi siempre la suerte junto a Sírtori de hacer corderos, para el Comandante Robacio y sus colegas, siempre íbamos a los lugares de montes muy cerca de la frontera con Chile, el límite era un alambrado con dos hilos. Estas campañas duraban unos tres o cuatro días.

Al regresar al Batallón, los cuatro de las salas de armas recibíamos los pertrechos de nuestra compañía Comando en un estricto orden.

En todo momento había formación a cargo de un Dragoneante o el Cabo de semana.

Teníamos poco descanso, cada grupo tenía tareas que cumplir de la mejor manera, ya que los superiores siempre encontraban una razón para castigarnos e indicarnos movimientos vivos (“bailarnos”), eso era todos los días.

Había un Dragoneante que se llama “Polenta” Rutti, muy exigente, le teníamos un poco de bronca; una noche él estaba dur-

miendo, lo envolvieron en papel higiénico y lo prendieron fuego, casi se queda chamuscado. Aclaro que todo esto quedó como una anécdota más. Hoy es un buen compañero.

Al día siguiente toda la compañía castigada, nos llevaron a un hoyo grande cerca del océano, el personal de cuadra estaba presente. Nos trataron de lo peor, nos bailaron durante 4 horas, y para completar la historia, hicieron que nos arrastremos 500 metros hasta las duchas, ahí de nuevo preguntaron quién había sido, pero no encontraron culpables.

Algunos lindos recuerdos

Unos días después el Principal Grosso le encomendó una tarea a Sirtori de arreglar un coche de unos amigos gendarmes, Sirtori como buen compañero me pidió de ayudante. Nos fuimos en un camión que iba a Ushuaia y nos dejaron en el puesto que tenía que arreglar el coche, lo hicimos en el mismo día, pero nos quedamos 4 días más, pescamos trucha con la mano, técnica que nos enseñaron los gendarmes, quienes nos dieron la idea de salir a caponear (cazar cordero), nos prestaron un rifle Calibre 22, y nos indicaron donde había cordero. Con Sirtori salimos de cacería y nos fue bien, logramos cazar uno. Pasamos unos días lindos.

Luego para regresar al Batallón, ellos nos prestaron el coche, el cual se lo dejamos en una casa que tenían en Río Grande, de la cual nos dieron la llave y que la usemos al salir de franco. Esto era todos los fines de semana, nos alegró mucho, muy buena gente.

En Marina se incorporaban tandas nuevas de soldados durante todo el año, para nuestra sala de arma nos destinaron dos más, de apellido Polischuk del Chaco y Espíndola de Misiones, y ya terminando el año, uno más de apellido Costilla de la Ciudad de Buenos Aires.

En marzo de 1982 los cuatro de la primera tanda habíamos cumplido con el Servicio Militar Obligatorio, teníamos una gran alegría, cada uno preparaba cosas para llevar de regalo a sus familiares, comentábamos todo lo que haríamos al llegar a nuestra provincia.

Como la mayoría fumaba, compramos cigarrillos importados y algunas botellas de whisky que guardábamos en la cama taquilla.

La Guerra

El día 2 de abril de 1982 todo cambió. Las banderas estaban izadas en la plaza de armas del Batallón. Todos exclamaban que las Malvinas son nuestras. Yo tenía alegría por eso, pero también una gran incertidumbre porque no sabía lo que pasaría.

Anteriormente entre febrero y marzo, pensábamos mucho en volver a nuestros hogares convencidos que ya habíamos cumplido con nuestra Patria. Pero a partir de esa fecha, fue todo distinto. Se empezaron a alistar las compañías y embarcar en aviones rumbo a Malvinas con armamento y todo lo necesario para enfrentar una guerra.



En lo personal, empecé a comprender la razón de tanto entrenamiento durante 14 meses.

Bueno, las tareas cambiaron, preparábamos lo mejor posible y transportábamos desde el Batallón hasta el aeropuerto los proyectiles, armas, raciones COY, y se embarcaba en aviones de aerolínea y algunos que pertenecían a la Armada Argentina, los cuales salían a Malvinas a completar carga.

El 10 de abril nos tocó ir a Sírtori y a mí, a los otros integrantes de la sala de armas que eran Scévola, Hutwert, Polischuk y Espíndola quienes los habían llevado antes.

Recuerdo que cuando nos alistábamos con Sírtori, el jefe Grosso nos dijo “Si piensan que los ingleses van a venir están equivocados”, además decía que la Fuerza Aérea Argentina no los iba a dejar llegar a Malvinas.

Yo con 19 años, del tema entendía poco y nada, de la distancia de Inglaterra a Malvinas menos.

Con respecto a la logística teníamos buen entrenamiento por lo tanto sabíamos qué llevar, como contaba antes, cargamos muchos cajones de proyectiles, armas, carpa y raciones COY. Fuimos en un avión Fokker e íbamos 15 soldados.

Llegamos a Malvinas en 45 minutos, fue un momento muy raro el sobrevolar el territorio malvinense, vi un lugar increíble de mucha extensión de tierra, cuando miraba el mapa parecía más chico. Cuando descendimos en el aeropuerto, descargamos todo y enfilamos. Con Sírtori quedamos sin jefe, “nos sentíamos libres”.



Siempre tratábamos de colaborar en todo pero que nadie se dé cuenta que no teníamos jefe, dormimos debajo de unos toldos, comíamos nuestras raciones, así estuvimos hasta el 13 de abril, fecha en que llega un suboficial y nos pregunta los apellidos, dice que el Cabo Grosso le pidió que nos contactara.

A partir de ese momento teníamos jefe. Cargamos los equipos a un camión y nos fuimos a unos 10 km. de Puerto Argentino, cerca de donde estaba el comandante Robacio, en una ondulada cerca de una bahía.

Armamos una carpa y pusimos cajas con pistolas, proyectiles y fusiles nuevos. El 14 de abril yo cumplía 20 años, y comenzamos junto con Sírtori nuestra primera trinchera en Malvinas.



Con una palita plegable abrí un pozo de unos 80 cm. de diámetro y Sírtori lo mismo, a unos 2 metros. Bajamos unos 80 cm. y tuvimos suerte que no nos encontramos con piedras grandes ni agua; unimos por debajo nuestra trinchera hasta encontrarnos, lo cual lo hicimos con mucho esfuerzo logrando un lugar para dormir bajo tierra,

hasta le armamos repisas para guardar mercadería, preparándonos por si nos bombardeaban.

Los días siguientes, una tarea era camuflar proyectiles en las piedras y hacer guardias a la noche. El frío, la oscuridad, el silencio y el rugir del océano causaba miedo.

A unos 10 metros, estaba un suboficial de apellido Fernández en un pozo de zorro, aparentaba tener mucho miedo porque continuamente nos recalca que no durmiéramos en horas de guardia. Él decía que podían llegar comandos ingleses, pero era solo miedo. Una noche tiró una granada de mano y casi le da a un pozo de zorro de otro soldado. ¡Era muy cagón!



El 18 de abril nos enteramos que a nuestro compañero de sala de armas, Hutber, lo destinaron a un galpón en Puerto Argentino.

Con Sírtori nos hicimos una escapadita hasta ahí ya que quedaba más o menos a unos 10 km, tuvimos suerte. Lo encontramos y nos dio latas de carne en conserva y leche condensada, picadillo y algunas revistas. Nos dijo que volvamos en unos días así cargamos nuestra trinchera con mercadería. Los días pasaban y no había novedades, solo prácticas y guardias todas las noches, siempre se tenía un reglamento de cambiar consignas en cada turno, los cuales eran de 4 horas.

Una noche de guardia, Sírtori vio un movimiento sobre el Cerro

en dirección al puesto de comando. Yo escucho el cerrojo del FAL. Sírtori pide la consigna y no le contestan, a lo cual repite una vez más y nada... Luego, realiza un disparo hacia el bulto. Él rápidamente contestó, era el Teniente Aquino, el “jefe”. Al día siguiente a las 7 horas, ya en formación, Aquino preguntó quién estaba de guardia a las 2 de la madrugada, Sírtori da un paso al frente y el Teniente se arrimó y lo felicitó por haber cumplido con las órdenes.

Así pasamos todo abril, todos los días y noches llegaban soldados y armamentos, había mucho movimiento de tropas, lo cual me preocupaba cada vez más, todos estaban muy nerviosos.

El 1 de mayo a la noche, Sírtori estaba de guardia con medio cuerpo afuera de nuestra trinchera, me llama para que me asome y vea hacia el aeropuerto. Escucho una sirena alertando y las anti-aéreas haciendo fuego cruzado, era tan intenso que el aeropuerto se iluminaba. Al ver eso solo nos quedamos en silencio durante varios minutos.

Sabíamos que habían atacado el aeropuerto y que la Guerra comenzaba, desde esa noche comprendí y pensaba que nuestras vidas dependían de una buena estrategia de combate y mucha suerte de estar bajo tierra en los momentos de bombardeos, igual ya nos habíamos preparado con muchas piedras sobre la trinchera y turba para que queden camufladas.

Durante las noches el estallido del bombardeo naval, la niebla y el frío, eran terroríficos. Al amanecer, teníamos un poco de tregua, pero comenzaban los ataques con aviones. A eso de las 7 horas se hacía una formación por compañía para las novedades de la noche y se daban consignas nuevas, también un disparo al aire para comprobar el funcionamiento del fusil.

Cambiando trinchera

Día 3 de mayo: A mí y a Sírtori nos dan la orden para cambiarnos de lugar. Un bajón porque no queríamos dejar esa trinchera, pero había que cumplir con las órdenes.

Nos llevaron unos 5 km más adelante del monte Williams, cerca de la trinchera del compañero Scévola, Espíndola y un suboficial, desde ese momento había que armar una nueva trinchera.



Lo hicimos a continuación de una piedra inclinada, conseguimos unos palos y chapas, la tapamos con piedras y mucha turba, casi no se distinguía del resto del terreno. Dormíamos tres: Espíndola, Sírtori y yo. Luego seguimos con las tareas, las cuales eran muy duras, cavábamos zanjas de unos 80 cm de profundidad por 80 de ancho.



Unimos las trincheras y los nidos de ametralladoras, también puestos de observación, mucho trabajo de soldado. Había que cuidarse del bombardeo permanentemente y de noche teníamos turnos de guardia.

Dormíamos cada día menos. En un momento, vimos pasar un camión con mercadería en pleno bombardeo. El camino era feo y se les cayó una bolsa de harina de 50kg. Con Sírtori fuimos corriendo y la trajimos a nuestra trinchera. Era muy importante tener esa comida.

Sírtori era un tipo muy decidido e inteligente, lo quería mucho. En realidad todos los que estábamos en ese sector nos sentíamos acompañados y alentábamos mutuamente lo cual nos sirvió para pasar noches muy temerosas.

Cerca de nuestras trincheras, sobre un pequeño cerro, había

una ametralladora antiaérea que tenía problemas. Scévola y Sírtori se empeñaron en hacer que funcione. La armaron y le pusimos a su alrededor un parapeto de piedras grandes. Quedó muy bien protegida. También le habían colocado la banda con proyectiles, lista para disparar.

Cerca de las 11 horas, por detrás del Monte London, se escucha un avión que luego se dirige en nuestra dirección ametrallando a muy baja altura, y en ese momento también escucho el cerrojo de la antiaérea y veo al compañero Scévola apuntar al avión y empezar a disparar de frente sin temor alguno, y suerte que funcionó perfectamente. El avión le larga dos belugas al mortero 60 que estaba detrás nuestro (Belugas era un contenedor de granadas). Una de ellas cae adentro de la trinchera, Sírtori estaba de ayudante, la agarró y la tiró afuera, suerte que no explotó. El avión se perdió por los cerros y salía mucho humo del lado derecho.



Así pasábamos día tras día, decididos a todo, aunque miedo siempre había, admirábamos el coraje permanente uno del otro, gracias a que teníamos un muy buen entrenamiento.

Nos sirvió mucho que las prácticas en el campo durante todo un año se hicieran con proyectiles de guerra y no de fogueo así que el poder de fuego lo conocíamos; y también conocíamos el clima ya que era similar al de Río Grande.

Mantener el cuerpo seco era lo fundamental para no enfermar. Gracias al apoyo moral entre soldados, la estadía era más llevadera, la ducha con agua caliente siempre se convertía en un sueño.

En las noches de Guardia, solíamos comentar cosas con Sírtori. Por ejemplo, él me decía: “Gringo, algún día si salimos de esta y lleguemos a nuestras casas y les contemos a nuestra familia y amigos los que estamos viviendo, ¿nos creerán?”. Él siempre se preguntaba eso.

Un día, el enemigo nos bombardeaba sin tregua alguna, lo cual nuestra artillería debía repeler y lo hicimos muy bien. A unos 700 metros, se estaban quedando sin proyectiles mortero 81 y sin dudar salimos con Sírtori a proveerlos, nos recibió el Suboficial “Cuñé” y nos agradeció. El espíritu de combatientes siempre en alto. Ayudar y cuidarse la espalda era el objetivo, lo cual habíamos aprendido en el campo de entrenamiento.

Un día, un poco más tranquilos decidimos volver al galpón a visitar al compañero Hutber, y de paso traer algún chocolate.

Fue un fracaso, ya que al llegar nos ve Hernández (encargado del Batallón) y nos hace poner de rodillas, llama al peluquero y le



ordena que nos rape la cabeza como castigo, lo cual fue un bajón, eso era una de las boludeces que algunos de nuestros superiores hacían en plena guerra, además en el campo de combate demostraban poca hombría, se escondían, hasta lloraban, pero bueno, a pesar de todo eso, siempre regresábamos, no le teníamos miedo.

Una tarde, ya oscura, nos llevaron en un camión a la ciudad Puerto Argentino, para que nos bañemos con agua caliente, también nos revisaron unos médicos y nos dieron revistas para leer, y así tranquilizarnos un poco. Permanecimos hasta el día siguiente, al amanecer nos volvieron al campo de combate a nuestras trincheras.

Con respecto a la ropa, en mi grupo lavábamos solo ropa interior y medias, siempre con agua muy fría, que fluía por los chorillos, lo demás, a veces nos daban ropa nueva, pero nunca la lavábamos. De todas maneras, era lo que menos nos interesaba, el bombardeo naval durante las noches nos tenía en un mundo de gran preocupación, con pocas esperanzas de sobrevivir.

Era un silencio total en el campo, tipo 22 horas, se escuchaban desde el mar las explosiones y esperábamos unos segundos a que lleguen los proyectiles sobre el campo. Había que tener la gran



Cañón argentino SOFMA cal 155 mm
Antiguos de la Guerra de Malvinas

suerte que no te explote sobre la trinchera, el enemigo sabía que durante la noche no teníamos como defendernos contra su flota, nos bombardeaban todas las noches. Esa acción se llamaba “hostigamiento de tropa y ablande de costa” y durante el día seguían con los ataques aéreos.

Nos defendíamos con misiles y antiaéreas, algunos de ellos es-

taban conectados a un radar y eran de calibre 20mm. con un alcance de 12 km, si no daban en el blanco explotaban igual. Entre el 10 y el 12 de junio, nos estaban bombardeando como todas las noches y escuchamos el disparo de un gran cañón en sentido opuesto al del barco, y luego la explosión en dirección al barco.

Esa noche no tuvimos más bombardeo naval, fue un alivio muy grande. Al otro día nos enteramos que habían llegado dos cañones de un alcance de 24 km, se llamaban SOFMA 155mm. Esto significó un refuerzo a la artillería pesada de suma importancia. Ya para esa fecha las tropas inglesas estaban llegando a las posiciones de nuestra Infantería de Marina “Batallón N°5”.

Empecé a comprender realmente lo que significaba una guerra, lo que me gustaba ver por TV cuando era chico, cuando entraban en combate, y la verdad es que nunca me había imaginado estar yo en esta situación.

Comencé a darme cuenta la importancia de tener el fusil siempre en condiciones, preocuparme por tener muchos proyectiles y que no se te trabe el mecanismo del arma. Todas esas instrucciones durante mi colimba, me habían dado una ventaja, ya que siempre nos decían: “El fusil es como una novia”. Si bien, a mí me parecía que no era para tanto; esos días en el Monte Williams, Monte London, Tumbledon, Cerro Zapador (Zapper Hill), y Dos Hermanas, en los que durante la noche parecía que teníamos iluminación propia por tantos bombazos y bengalas, entendí que realmente era así. El fusil lo era todo.

Fueron noches donde todos los elementos de combate entraron en acción permanente a tal punto que algunos no sirvieron más, como cañones y morteros. Las armas que teníamos con Sírtori eran un Fusil FAL y una pistola cada uno.

El 11 de junio nos dieron un FAP que es un fusil automático pe-

sado. Todos los infantes teníamos buen poder de fuego, esos días el enemigo sufrió muchas bajas. Es un tema muy cruel. Todos los muertos dejaron una incurable herida en sus familias.

Me acuerdo que Sírtori siempre me decía: “Rafa, si caemos heridos no nos abandonemos”, y teníamos un pacto de compañeros de protegernos de todo.

En un momento el comandante Carlos Robacio nos da la orden de repliegue hacia la compañía Mar. Teníamos la orden de romper lo que no se podía llevar, rompimos el FAP, llevamos el FAL con cargadores, el sable bayoneta y el cuchillo de combate, también la caramañola con agua; esto fue a las 5 de la mañana aproximadamente del 14 de junio.

A emprender el repliegue, me dice Sírtori: “¿Si en vez de ir hacia el sector de compañía Mar nos dirigimos a Puerto Argentino? Ahí no están bombardeando”.

Desobedecemos la orden de Robacio y nos dirigimos al pueblo, estaba muy oscuro y el trayecto era de unos 15 km a campo traviesa. Pasamos por el puesto comando. Robacio, quien era “nuestro jefe”, junto a Polischuk y algunos soldados quedaron tirando hacia el enemigo.

Se iluminaba el cielo con las explosiones de la artillería inglesa y el contrafuego de la artillería argentina. Los antiaéreos de 20mm las habían desconectado de los radares y tiraban al ras del piso.

Llegar hasta el pueblo fue muy complicado, muchas veces cuerpo a tierra. El cielo se iluminaba por las explosiones y bengalas, y fue ahí donde vimos cosas incontables.

Inglaterra nos tiró todo lo que tenían, pensaban que nos íbamos a agrupar y contraatacar, que en realidad era la intención de nuestro comandante, pero Benjamín Menéndez no lo aceptó.

Con Sírtori llegamos a la ciudad cuando estaba amaneciendo, casi no nos conocíamos de lo cansados que estábamos. Ahí, solo nos importaba que lleguen nuestros compañeros que venían de todos lados con mucha preocupación. Hasta que al fin vimos a nuestro Batallón desfilando y se nos cayeron las lágrimas.

Quiero aclarar que la mayoría de las posiciones del Batallón N° 5 no fueron abatidas por los ingleses, solo se replegaron. Fueron varias noches de combate del Batallón con 200 hombres del Regimiento y 800 infantes de Marina. El enemigo sufrió muchas bajas a pesar de ser profesionales, sus combatientes eran galeses y escoceses en su mayoría, además de otras nacionalidades.

Luego, ya en Puerto Argentino, el 14 de junio, era muy triste. No sabíamos qué hacer ni tampoco qué nos iba a pasar, solo estábamos los argentinos.

Teníamos una mezcla de amargura y mucha tristeza por los que no pudieron llegar. Ya no habían bombardeos ni tiros, algunos ya no tenían sus compañeros de trincheras, todo era sabor a tierra y se sentía olor a pólvora quemada. Solo se escuchaban los estallidos de las municiones que quedaron en el campo de combate.

Al atardecer del 14, se armaron las cocinas de campaña, cocinaron para todos, con mercadería propia. Luego nos dieron a un gran grupo, en los que estaban mis compañeros de trincheras, para dormir en un gran sótano. El colchón era el piso frío y la almohada la pierna del compañero.

Al amanecer del 15 de junio, podíamos salir para ir a un baño, con el fusil sin proyectiles, lo cual fue de un gran trauma y de mucho dolor, ese dolor que se siente en el alma, ya que los ingleses estaban por todos lados y lo peor, en el mástil flameaba una bandera inglesa, creo que la mayoría lloraba de bronca, dolía más que el hambre y el frío. Pero bueno, había que asumir la derrota,

decía nuestro comandante “frente en alto, pecho afuera y cuerpo erguido”.

Todo era una gran incertidumbre, éramos prisioneros de guerra, ya las órdenes las daban los ingleses. En un momento nos hacen sentar en orden y nos sacaban fotos, me sentía invadido, eran momentos raros, pero ya estábamos en desigualdad, no teníamos opción alguna que obedecer sus órdenes.



En un momento nos separan en grupo y nos llevan caminando hasta donde ellos tenían armada su cocina para limpiar, terminamos y nos dejaron descansar. Con nosotros había un soldado que entendía el inglés así que cuando preguntan por qué luchábamos y si teníamos sueldo, él respondía “por nuestra Patria, por la Bandera”. El enemigo sonrío y dice “¡qué soldado loco!”. Nos cuentan que ellos tienen buen sueldo y para desembarcar pidieron aumento a Margaret Thatcher. En lo personal, los días de prisionero de guerra, el respeto era mutuo a pesar de que ya no teníamos como defendernos.

Días siguientes, nos hacen salir de ese lugar del puerto y que llevemos el fusil. Nos forman en filas y nos mandan al aeropuerto, que quedaba a unos 10 km, caminamos un poco, estaba el comandante Robacio que se pone en frente y nos da la mano a todos y nos dice: “Perdimos una batalla, pero no la guerra”. Caminamos

un poco más y dejamos los fusiles y los cascos, y luego seguimos caminando hasta el aeropuerto.

No teníamos techo, desarmamos una pista de aluminio que tenía paneles y los pusimos de techo y tachos de 200 litros de pared, ahí teníamos solo lo puesto, no debía mojarse. Al otro día llega un inglés, decían que era un comandante, recorre la pista de aterrizaje y parecía que no podía creer que Argentina le había tirado círculos de arena a la pista ya que aparentaban ser grandes cráteres desde sus aviones (esto fue una estrategia argentina).

En un par de días nos vuelven a puerto en grupos, tuve suerte que nos tocó juntos a los que estuvimos en las trincheras. Ya en Puerto Argentino, nos piden que no llevemos nada de metal, solo cigarrillos y chocolates. Nos embarcan en una balsa rumbo hacia el mar hasta donde estaba el barco que nos llevaría a Puerto Belgrano.

Al llegar vimos que era el Bahía Paraíso, un barco hospital, y nos hacen ingresar. Nos dan una taza de caldo y un sándwich de pan y membrillo.

Adentro del barco todo cambió, todos éramos argentinos. Nos asignaron una cama y nos mandaron a las duchas, lo cual hacía muchos días que no teníamos, buen agua caliente y calefacción. Pero notábamos que el barco no se movía del lugar, preguntamos y nos dijeron que no había autorización de los ingleses.

Un rato después notamos nuestra partida hacia Puerto Belgrano. Navegamos varias horas.

En un momento con Sírtori estábamos afuera del barco y vimos volar algunas gaviotas, en un momento disminuyó la velocidad y Sírtori pregunta a un oficial ¿Por qué?, y le contestan que no querían entrar a Puerto de día porque las personas del pueblo no nos dejarían bajar. Lo hicimos de noche y nos bajamos corriendo a unos camiones que nos llevaron al Batallón de Puerto Belgrano.

Vimos que el pueblo nos quería abrazar y agradecernos por lo que hicimos, pero los militares no los dejaron acercarse.

Ya en el Batallón cenamos y nos acostamos. Al otro día, nos embarcaron en un avión y de nuevo a nuestro Batallón N° 5 donde nos estaba esperando nuestro jefe Grosso y Costilla (el soldado clase 1963 que no fue a Malvinas). Grosso lloraba de alegría porque volvimos todos los de la sala de armas y también su soldado favorito, al que apodaba el “Conseguidor” Sírtori.

Recuerdo que fui a mi cuadra y a mi cama taquilla. Fue una alegría encontramos con todo lo que habíamos dejado, luego de eso solo pensaba en mis padres, quería llegar a Federal, en Entre Ríos. Desde Malvinas les escribí solo una carta donde debía contar que todo estaba bien ya que los superiores las revisaban.

Un día me llaman del casino de suboficiales porque tenía un llamado. Era mi padre, fue un momento de gran emoción. Unos 4 días después nos entregan la libreta y nos embarcan en un Boeing 747 rumbo a Buenos Aires. Llegamos de noche y por primera vez vi la ciudad desde el aire, lo cual era muy emocionante. Es mucha iluminación en grandes extensiones. Al aterrizar nos esperaban con camiones para llevarnos al micro que nos traería a Entre Ríos.

Esto fue un momento de mucha alegría, ya que era camino a casa. Llegamos a lo de Scévola junto a Sírtori y nos quedamos una noche. Al día siguiente, seguimos camino con Sírtori en tren hasta Concordia, yo cambié de tren y Sírtori continuó hasta Chajarí.

Al llegar a Federal, fui a la casa de un tío y me acosté. Ellos hicieron un correo del campo a mis viejos y cuando me levanto ya habían llegado.

Los días siguientes, les cuento de a poco lo vivido.

La Post Guerra

Estaba todo bien, pero había que conseguir trabajo. Tuve suerte de encontrar como chofer de atención primaria de la salud por 3 años, luego como tractorista de una empresa vial unos 2 años y después fui independiente, porque puse una carnicería.

Un día comprando animales en la Sociedad Rural con mi papá, veo llegar a Sírtori de sorpresa, ya habían pasado unos 5 años, fue un momento muy agradable.

Fuimos a casa y me cuenta que había intención de formar un Centro y que se necesitaba encontrar la mayoría de los ex Combatientes de Entre Ríos. Yo sabía que en Federal había más, pero no los conocía.

Averiguando, alguien nos dio una dirección donde fuimos y nos atendió un señor de apellido Luna. Él llama a su hijo Julio y nos confirmó ser uno más de los nuestros.

A partir de ahí, empezamos a frecuentar nuestros encuentros; también se siguió buscando ex Combatientes en todos los pueblos.



Mediante una gran reunión, se tomó la decisión de formar un Centro que se fundó el 25 de junio de 1989 como “CECIMER”, su presidente fue y sigue siendo Ramón Jesús de León.

Desde esa fecha se lograron beneficios, pero lo más importante fue el apoyo psicológico entre nosotros, algo que logramos sin pensarlo. Nos dimos cuenta que reunirnos permanentemente nos hacía sentir muy bien. Además de esto,

junto con Sírtori nos visitábamos habitualmente en nuestras respectivas ciudades.

Desde Federal me iba en el Falcon de mi papá al taller de él, donde tenía una habitación en la que me quedaba. Pegado a esto, era su casa que vivía junto con su mamá y un hermano.

Se había comprado un bote con el que conocimos muchos lugares de pesca y también pescadores.

Teníamos una linda amistad, siempre me contaba que necesitaba charlar con un hermano mayor del cual estaba distanciado. Unos meses después me contó que había ido a pescar con él, le decía el “Chueco”, me alegró mucho. Tiempo después fuimos a la costa los tres y entablamos una linda amistad con el “Chueco”.

Sírtori había formado una familia, tenía una hija que lo adoraba. Un día me llaman desde Chajarí, era el hermano y me comunica algo que en mi vida hubiese querido escuchar: ***La muerte de mi amigo.***

A partir del 3 de julio de 1999, fue un bajón emocional, me sentía muy mal al ver su hija tan chica quedándose sin su ídolo, ya no podía comprender la decisión que había tomado. Pero al pasar el tiempo y analizando todo lo vivido en Malvinas me di cuenta que había que sobrevivir como se podía, y pude entender un poco de su desilusión. Igual,



sin duda alguna, y a pesar de todo lo sucedido, el suicidarse no es la solución. Son decisiones las cuales hasta el día de la fecha ningún profesional de la salud lo puede explicar con certeza.

Yo pienso que si él hoy viviera, no tomaría tal decisión, ya es distinto, todos tenemos comunicación permanente con los compañeros, la mayoría del CECIMER viajamos siempre, tenemos medios de movilidad y también un buen pasar económico, contamos con dos ranchos, uno en cada costa de Entre Ríos, en Paraná y Concepción del Uruguay, lo cual se logró con una buena estrategia de la comisión del CECIMER, y un aporte mensual de todos los integrantes del Centro.





Quiero dejar escrito en este texto, que a los 57 años soy una persona totalmente conforme con todo lo logrado, con una muy buena familia la cual me enriquece emocionalmente, con Susana.

Mis hijos son trabajadores y los que estudian viven en otras ciudades, pero firmes a conseguir sus objetivos. Susana, mi mujer, siempre pendiente de todos y también de mí.

Y de mis amigos no me olvido, tengo siempre la necesidad de tener encuentros con ellos.

Gracias por el apoyo incondicional de todos ellos, la mayoría del CECIMER.

Gracias a todos.

Schvemer Rafael Oscar.



Impreso en Imprenta Oficial
Municipalidad de Concepción del Uruguay

Agosto 2023
Moreno y San Martín



Coordinación General de
COMUNICACIÓN CIUDADANA Y PROTOCOLO
Municipalidad de Concepción del Uruguay

! Eres la fuente de gases
que el; avion que yo, te doy

te! Eres la fuente de gases
porque el; avion que yo, te doy



MUNICIPALIDAD DE
CONCEPCIÓN DEL URUGUAY

fuente de
porque el; avion que yo, te doy